

# DESLUMBRADO

*THEODORE STURGEON*

## I

Trabajo para un corredor de bolsa del piso veintiuno. Últimamente las cosas no van bien para los corredores de bolsa por la escasez de dinero, el histerismo ante las noticias y todo eso. Cuando los negocios de un agente bursátil van realmente mal, no suelen acabar en una bancarrota, sino con una fusión. Es algo relacionado con la imagen pública. La compañía para la que trabajo está pasando una temporada agónica. Para los estamentos inferiores, o sea yo, eso significa un papeleo que no se creerían nunca, sacado adelante con una plantilla reducida. En otras palabras, trabajo nocturno. Anoche trabajé sin levantar la cabeza hasta que mi cuerpo adquirió la forma de la silla, y todo lo que veía tenía un borroso halo azul a su alrededor. Terminé con un montón de papeles, miré los que quedaban pendientes e intenté levantarme. Lo intenté por tres veces antes que mis caderas y rodillas se enderezaran lo bastante como para permitir que me tambaleara hasta el pasillo y los lavabos. No se me ocurrió cerrar la puerta de la oficina y supuse que la confusión, con tanta gente extraña yendo y viniendo en los últimos días, debía haberse apoderado del vigilante de la entrada. El caso es que cuando volví un momento después había un hombre deslumbrado en mi despacho.

Iba bien vestido —supuse que eso, también, le había ayudado a pasar ante los guardias— con un traje marrón de curiosas solapas, que podríamos calificar de *camp*. Llevaba una corbata naranja de esas que ves en una tienda de moda o en una película antigua. Yo diría que tenía veintitantos, sin llegar a los veinticinco. Y estaba deslumbrado.

Cuando entré y me paré en seco me dirigió una mirada perdida y dijo:

—Éste es mi despacho.

—¿Ah? —es lo único que se me ocurrió.

Miró a su alrededor despacio, fijándose en el escritorio, las estanterías, los archivadores.

Cuando volvió a mirarme dijo:

—Éste no es mi despacho.

Debía estar relacionado con la casa bursátil que iba a absorber a mi compañía en estos tiempos de necesidad. Se lo pregunté.

—No —dijo—. Trabajo para *Fortune*.

—Entonces —dije—, no sólo se ha equivocado de despacho, sino de edificio. Time-Life está en la Sexta Avenida... Se mudó en el cincuenta y dos.

—En el cincuenta y dos. —Volvió a mirar a su alrededor—. Pero yo..., pero...

Se sentó en el sofá. Creo que se habría derrumbado en el suelo de no haber estado el sofá. Me preguntó qué día era. Creo que le entendí mal.

—Jueves —dije. Miré mi reloj—. Bueno, ya es viernes.

—Me refiero a la fecha.

Señalé al calendario de mesa que estaba a su lado. Lo miró dos veces, cada vez con una mirada larga y precavida. Nunca vi a un hombre ponerse de ese color. Se llevó la mano a los ojos. Hasta sus labios palidecieron.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

Una pregunta realmente estúpida.

—Dígame una cosa —inquirió unos momentos después—. ¿Ha habido alguna guerra?

—Debe estar bromeando.

Bajó la mano y me miró, tan perdido, tan asustado. No, asustado no. Tiene que haber otro término. Angustiado. Necesitaba respuestas, las necesitaba. No preguntas, no ahora.

—Hace bastante —dije.

—¿Murieron muchos?

—Más de cincuenta mil. —Algo me hizo añadir—: Norteamericanos. Los otros, cinco o seis veces más.

—Oh, Dios mío —volvió a decir—. Es culpa mía.

Antes de seguir debo aclarar que jamás se me ocurrió pensar, ni por un segundo, que el tipo estuviera en algún viaje con drogas. No es que yo sea un experto en eso, pero hay veces en que lo sabes. Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, era algo real..., o al menos a él le parecía real. Además, había algo en él que me caía bien. No era la ropa, no era la cara, sino la persona, la clase de persona que era.

—Mira, estás hecho polvo y yo estoy mareado y cansado de hacer esto. Hagamos un descanso y tomémonos un café en el Automat.

Volvió a dirigirme esa mirada perdida.

—¿Está liberalizado lo del sexo? Quiero decir, si los chicos...

—Como conejos —dije—. Igual que las películas de cine de barrio. No sé lo que van a hacer para superarse en eso. ¿Dónde has estado? —tuve que preguntarle.

Negó con la cabeza y me habló con candidez.

—No sé dónde era. ¿Hay gente que deje el trabajo, y la escuela, para irse a vivir al campo?

—Algunos —dije—. Vamos.

Apagué la lámpara del techo, dejando encendida la de mi escritorio. Él se levantó como si estuviera conectado al interruptor, pero se quedó inmóvil mirando el calendario.

—¿Hay gente que pone bombas?

—Ayer pusieron tres en Newark. Vamos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Cerré la puerta y recorrimos el pasillo hasta llegar al ascensor. El aire silbó dentro del hueco cuando subió la cabina.

—Siempre hace ese ruido a esta hora de la noche —dijo. Nunca me había dado cuenta de ello pero en cuanto lo dijo supe que tenía razón—. ¿Le importa si bajamos por las escaleras? —añadió débilmente.

—¿Veintiún pisos?

Las puertas se abrieron. El tipo no quería entrar. Quiero decir que no quería de verdad. Me detuve en la abertura mientras él intentaba infundirse valor. No le llevó mucho, pero fue una batalla titánica. La ganó y entró, dio media vuelta y apoyó la espalda contra la pared del fondo. Apreté el botón y empezamos a bajar. Parecía estar muy mal. Le dije algo pero él alzó una mano, barriendo mis palabras antes que estuvieran fuera. No volvió a moverse hasta que se abrieron las puertas y entonces miró al vestíbulo, como si no supiera qué esperar. Pero sólo era el vestíbulo, con la mesita ovalada de información a la que llamábamos la pecera, el suelo brillante y la mesa portátil de madera, semejante a un atril, donde firmabas al entrar y salir fuera de horas y donde se suponía que debía estar el guardia. Pasamos ante él y llegamos hasta Rockefeller Center. Él respiró profundamente y tosió a continuación.

—¿Qué es ese olor?

Yo iba a decir alguna trivialidad sobre lo único bueno que tiene el trabajar hasta tarde, que puedes respirar aire de verdad, pero no lo dije.

—El smog, supongo.

—*Smog*. Ah, sí, humo y niebla. Ya me acuerdo. —Entonces pareció recordar otra cosa, algo que le devolvió a su problema, fuera cual fuese, con la fuerza de un martillazo—. Sí, claro —dijo, como para sí—. Tenía que pasar.

En la Sexta Avenida (los neoyorquinos siguen negándose a llamarla Avenida de las Américas) pasamos junto a dos parejas que estaban riéndose. Una de las chicas vestía un peto transparente de tejido plástico. La otra llevaba un abrigo abierto muy largo que dejaba al descubierto unos pantalones cortos. Mi compañero apreciaba el espectáculo pero no estaba sorprendido. Creo que lo que dijo fue: «Esto también...», asintiendo con la cabeza. Se fijaba en todos los coches y sus ojos parpadeaban al pasar junto a los sitios donde solían venderse libros y revistas atrasadas; todos y cada uno de ellos eran ahora establecimientos con *peep-shows* y revistas porno. Asentía del mismo modo ante esto.

Llegamos al Automat y entonces me di cuenta del desacostumbrado ramalazo de genio que me hizo sugerir el sitio. El Automat lo vi por primera vez desde la cadera de mi madre hace más años de los que puedo mencionar, y he vuelto muchas más veces desde entonces, y ha cambiado muy poco, exceptuando, claro, los números en las pequeñas tarjetas blancas que dicen cuántas monedas debes echar por la ranura para obtener la comida. Uno tiende a sobresaltarse al verlas tras estar varios años ausente. A mí siempre me pasa, y al extraño joven que iba conmigo también. Eso aparte, en el lugar hay una sensación atemporal, sobre todo, a altas horas de la madrugada. La mujer mayor excesivamente maquillada que se echa ketchup con aire furtivo, o alguien como ella, está ahí desde hace cincuenta años; igual que la joven pareja, vulgar para ti pero hermosos el uno para el otro, repletos de ausencia de sueño y descubrimientos; o el trabajador en el declive de su vida distrayendo un bocado camino del trabajo y que aún no se ha despertado de la cama, y ni falta que hace; con su contrapartida yendo en dirección contraria que tampoco tiene por qué seguir despierto. Y con el mismo mostrador de mármol rodeándolo todo, con las ranuras gastadas por los incontables millones de monedas que les han echado, y detrás de él está la misma maquinaria, vieja y gastada, y rodeándole por todas partes los mismos marcos de níquel (no de cromo) en las centenares de puertecitas acristaladas donde la comida siempre parece mejor de lo que es. Con todo, es un sitio ideal para la reorientación de los viajeros en el tiempo.

—¿Eres un viajero temporal? —pregunté, siguiendo mi intuición y esperando hacerle sonreír.

No sonrió.

—No —dijo—. Sí, bueno... —un pánico que aleteaba asomó a sus ojos—. No lo sé.

Conseguimos nuestro café directamente de la boca del león y lo llevamos a la mesa de la esquina. Creo que fue cuando nos sentamos ahí, cuando me vio de verdad por primera vez.

—Has sido muy amable —dijo.

—Bueno —dijo—. Me venía bien un descanso.

—Mira, voy a contarte lo que me ha pasado. Aunque no espero que me creas. Yo en tu lugar no lo haría.

—Pruébame —sugerí—. Además, ¿qué importancia tiene que te crea o no?

—«La creencia o la no creencia no afectan en nada a la verdad objetiva.» —Por su tono, podía decir que estaba citando a alguien. La sonrisa que buscaba estuvo a punto de aflorar y dijo—: Tienes razón, te contaré lo que ha pasado porque..., bueno, porque quiero hacerlo. Porque tengo que hacerlo.

Dije adelante, y le pedí que disparara. Disparó.

—Trabajo en Promoción y Circulación —empezó—. O quizá deba decir que trabajé..., sí, supongo que sí. Tendrás que perdonarme, estoy algo confuso. Hay tantas cosas...

»Quizá deba volver a empezar. No empezó en Rockefeller Center. Empezó, oh, no sé hace cuánto tiempo, conmigo preguntándome sobre las cosas. No es que yo sea alguien especial, no estoy

diciendo que lo sea, pero parece que nadie se pregunta las mismas cosas que yo. O sea, quiero decir que la gente está tan cerca de lo que pasa que nunca parece darse cuenta de lo que está en marcha.

»Un momento, tampoco quiero confundirte. Con uno de nosotros basta y sobra. Te pondré un ejemplo.

»La segunda guerra mundial empezó cuando yo era niño, y un día nos reunimos un grupo de chicos e intentamos adivinar quién lucharía contra quién. A un lado estábamos nosotros con los ingleses y los franceses, eso seguro; los alemanes, los austríacos y los italianos al otro, hasta ahí la cosa estaba clara. Y los japoneses. Pero, ¿y quién más?

»Ahora la cosa es historia y está asumida y no hay ninguna razón especial para pensar en ello, pero en aquel momento resultaba imposible que alguien predijera la alineación que acabó formándose. Si miras en los archivos de los periódicos, en *Harper's* o en *Reader's Digest* o cualquier otro, y revisas los editoriales verás a lo que me refiero. Nadie predijo que nuestro mejor y más fuerte amigo estaría en paz con nuestro peor y más mortal enemigo casi hasta finales de la guerra. Me refiero a que si lo planteamos en términos personales, y si tú y yo somos amigos y hay alguien que quiere matarme y descubro que él y tú son amigos, ¿podríamos volver a hablarnos? Pero ahí teníamos a la Unión Soviética, luchando hombro a hombro con nosotros y contra los nazis, y llevaban cinco años en paz con Japón.

»Y a propósito de Japón; había centenares de millares de chinos que llevaban diez años enzarzados en una lucha a muerte contra Japón. ¡Diez años, hombre!, y con coreanos luchando a su lado. Y gastamos miles de millones organizándonos para montar incursiones aéreas contra el Japón desde millares de kilómetros de distancia... Nueva Guinea, las Islas Salomón, Saipán, Tinian. ¿Sabes lo lejos que está Tokio de China, atravesando el mar del Japón? Novecientos sesenta. ¿Sabes lo lejos que está Pusan, Corea, de Hiroshima? ¡A doscientos kilómetros!

»Lo siento. Siempre me excito así cuando pienso en ello. Pero, maldita sea, ¿por qué no pudimos negociar para trasladarnos allí y construir aeropuertos en China y en Corea? ¿Creían que nos habrían rechazado los nativos? ¿O es que no nos gustaba el *chop suey*? Ya sé que hay justificaciones como apoyar a Chiang contra los comunistas y hasta leí en algún sitio que en nuestra política no entra el intervenir en el Sudeste Asiático. (¿He dicho algo gracioso?) Pero ya sabes que los comunistas y Chiang establecieron una tregua, y la mantuvieron, para luchar contra el enemigo común.

»Bueno, está bien. Supongo que todo esto no parece tener mucho que ver con lo que me ha pasado, pero es el tipo de cosas en las que he pensado toda mi vida. No son sólo las guerras las que sacan a colación todo esto, pero Dios sabe que lo hace más evidente. Por ejemplo, Italia y Alemania afilando sus nuevas armas y estrategias en la guerra civil española, o Mussolini invadiendo Etiopía... Diablos, cuanto más sofisticada es la gente, menos ve lo que tiene ante las narices. Cualquier niño de jardín infantil sabe cuando tiene un matón delante y tiene suficiente sentido común para, por lo menos, tenerle miedo. Cualquier muchacho de primaria sabe cómo organizar un grupo de presión contra uno de los malos. Las guerras son situaciones entre la vida y la muerte donde todo lo posible, práctico y lógico acaba saliendo a la luz. Cuando no lo hace, no puedes evitar el pensar en ello. Los campesinos franceses se mataron a impuestos para construir la línea Maginot durante los años treinta, preparándose concienzudamente para el tipo de guerra a la que se enfrentaron en mil novecientos catorce.

»Pero miremos en otra parte, la gonorrea puede eliminarse en seis meses, la sífilis en cosa de un año. El mes pasado leí un panfleto... voy a tener que controlar eso de “el mes pasado” o “en la actualidad” y cosas así..., bueno, el caso es que el panfleto planteaba una correlación entre el fumar tabaco y el aumento del cáncer de pulmón, diciendo que hay investigaciones científicas que demuestran que en los cigarrillos hay algo que provoca cáncer en ratones. Estoy seguro que si el gobierno hace una declaración oficial al respecto, la gente la leerá y se asustará, y seguirá fumando. Ha sonreído otra vez. ¿Tiene gracia?

—No tiene gracia —le dije al hombre deslumbrado—. Permita que traiga otra taza de café.

—Pero esta vez invito yo. —Eché unas monedas encima de la mesa—. Pero, de todos modos, estaba sonriendo.

—No era esa clase de sonrisa, como si me hiciera gracia —le dije—. El ministro de Sanidad presentó hace muchos años un informe al respecto. Ya no se puede anunciar tabaco en televisión, pero, ¿qué es lo que ha cambiado? Mire a su alrededor.

Mientras él miraba a su alrededor, yo miraba sus monedas. Monedas de plata. Cuartos de plata. De 1948, 1950, 1945. Empecé a sentirme raro con respecto al tipo. Corrección: mi “sentirme raro” subió otro grado en la escala.

—Hay un montón de gente que no fuma, pero que también tose —dijo.

Los dos miramos a nuestro alrededor. Había vuelto a mostrarme algo que siempre había visto, que nunca había notado. Cuánta gente tosía.

Fui por más café.

## II

Continuó hablando.

—Cada cuatro semanas recibo..., ¿recibía?... recibía un ferro. Un ferro es una copia de una revista con todas las correcciones hechas y el texto en su sitio, y que examinas antes que entre en máquinas. Tengo que admitir que me proporciona..., me proporcionaba..., un sentimiento de importancia poder recibirla gratis (es una revista cara) incluso antes que «la gente importante del gobierno, la industria, el comercio y las profesiones liberales», tal y como reza en las circulares promocionales que yo redacto, tuvieran oportunidad de leerlo y moverse y estremecerse, pues son los que mueven y estremecen todo.

»El caso es que había un artículo en el nuevo número, no en el actual, sino en el nuevo de verdad, de la revista, que se titulaba “La generación silenciosa”. Trataba de la generación que se graduaba ese mismo año, los jóvenes que el próximo mes de junio saldrían al mundo y tomarían las riendas. Estoy hablando de la primavera de mil novecientos cincuenta, entiende. Y me produjo escalofríos. Me asustó a medida que lo leía y me asustaba más y más cuanto más pensaba en ello, en su estupidez, en la increíble ceguera de la gente, no de la gente en su conjunto, sino de la gente mencionada en el artículo, la promoción de mil novecientos cincuenta, joven, brillante e informada. Habían tenido una buena educación formal y uno asumía que la tenían fresca en la mente, no sólo lo que habían aprendido, sino lo otro para lo que sirve la universidad: para aprender cómo aprender.

»¿Y qué creías que les preocupaba? ¿Sobre qué hablaban hasta las tres de la madrugada? ¿Qué clase de planes tenían para ellos mismos..., y para todos nosotros, ya que eran los que llevarían las riendas de todo? ¿La democracia? ¿La relación del hombre con su planeta, o del hombre moderno con la historia? Infiernos, no.

»Según este artículo, lo que les preocupaba eran los tipos de interés. La pensión de jubilación. ¡Por el amor del Cielo! ¡La promoción rápida al especializarse en una industria diversificada! ¿Pasaron sus últimos días de universidad afilando sus recién adquiridos talentos o emborrachándose, o incluso tomando al asalto el dormitorio de las chicas? Nooo. Los pasaron moviéndose de despacho en despacho de los cazadores de talentos que habían llegado al campus por cuenta de compañías financieras, químicas y electrónicas, buscando el contrato que aseguraba el sueldo más estable y seguro y el trabajo más cómodo y el sitio más cálido donde yacer al final de todo.

»La generación silenciosa, la llamó el hombre que escribió el artículo. Se había graduado a finales de los treinta y tenía mucho que decir acerca de su generación. Había muchas cosas malas en ella y cometió algunas locuras. Sus miembros discutieron mucho los unos con los otros y con sus mayores y se unieron a cosas como la Liga de Jóvenes Socialistas, pero no porque fueran de izquierda, sino por ser los únicos grupos que parecían preocuparse por el estado en que estaba el mundo. Lo más importante de ellos era que sabías que estaban allí. Formaban una generación ruidosa. Tenían esa mezcla de curiosidad y rebelión que te hacía saber que estaban vivos.

»El articulista miraba a la promoción del cincuenta con cierta desesperación, y también con algo de terror. Si iban a controlar las cosas, la experiencia no se limitaría a modificarles y atemperarles. Eso les endurecería como a las arterias de un viejo. Eso significaba más-de-lo-mismo hasta que estuvieran viviendo en un mundo completamente personal e irreal, sin modo alguno de comunicarse con el resto de nosotros. Crecer, cambiar y probar cosas nuevas sólo les asustaría. Tendrían el poder, y lo usarían para reprimir todo cambio y crecimiento, sin saber que las sociedades necesitan crecer y cambiar para poder vivir, igual que los árboles o los bebés o el arte o la ciencia. Así que el articulista sólo podía ver ante sí un estancamiento sólido, silencioso y próspero, y luego un colapso total y repentino, como un árbol que se ha podrido.

»Bueno, no sé lo que piensas de todo esto, ni si comprendes la forma en que me afectó. Pero he intentado explicarte cómo me he visto toda la vida plagada por esas..., bueno, yo las llamo extrañezas..., y cómo me duele que algo carezca de sentido. Cuando no era más que un niño no podía dormir queriendo que alguien me explicara porqué una toalla es más oscura cuando está húmeda si el agua no tiene color. En el instituto nadie podía decirme por qué el sonido de una bomba al caer es más y más bajo a medida que se acerca al suelo, cuando según todas las leyes físicas debería aumentar. Y en la universidad no me tragaba que hubiera un límite a la velocidad de la luz. Y sigo sin hacerlo. En lo referente a ese tipo de cosas, nunca he perdido la fe en que alguien, algún día, aparecería con una respuesta que me satisficiera, y, de cuando en cuando, siempre aparece alguien que resuelve alguna. Pero cuando fui lo bastante mayor como para preguntarme por qué la gente inteligente se comporta como si fuera imbécil, ese tipo de fe no duró mucho. Empecé a pensar que había algún otro factor, o fuerza, en movimiento.

»¿Recuerdas *Los viajes de Gulliver*? Cuando está en Lilliput hay una guerra entre los lilliputienses y otra nación de enanitos..., no recuerdo cómo se llaman..., y Gulliver interviene y acaba con la guerra. Investigó en la historia de los dos países y descubrió que habían sido uno solo, e intentó descubrir lo que provocó tantos años de amarga enemistad entre ellos. Descubrió que en el reino original había dos facciones: los grandes extremos y los pequeños extremos. ¿Y sabes en qué

empezó todo? Tiempo atrás en su historia, una mañana en que estaban desayunando, uno de los cortesanos del rey abrió el huevo pasado por agua por el extremo más ancho y otro le dijo que era la manera equivocada, que debía hacerlo por el extremo más pequeño. Lo que Swift quería decir con esto es que de causas insignificantes pueden surgir conflictos que duren cientos de años y maten a miles. Bueno, entonces estaba muy cerca de eso que me ha molestado toda la vida, pero se conformaba con decir que pasaba así. Lo que me inflamaba era ¿por qué? ¿Por qué, cuando se demuestra que la causa del problema es una antigua trivialidad, la gente no se limita a dejar de luchar?

»Pero vuelvo a perderme en las guerras, supongo que es porque cuando hablas de estupideces, la guerra proporciona demasiados ejemplos. Dime, ¿por qué, cuando alguien va a morir de una enfermedad incurable y necesita algo para el dolor, no le administran heroína en vez de morfina? ¿Porque la heroína crea hábito? ¿Qué importancia tiene eso? Además, la morfina también lo crea. Te diré por qué. Porque la heroína hace que te sientas maravillosamente bien y la morfina torpe y gris. En otras palabras, la heroína es diversión, recuerda que estoy hablando de casos terminales, de morir sumido en la agonía, no de gente sana y normal, y la morfina no lo es..., y como es diversión, tiene que haber algo malo o erróneo en ello. Se supone que un hombre moribundo no debe sentirse bien. Y hay leyes que impiden que se traten y reconozcan las enfermedades venéreas; y leyes contra el aborto; y todas esas leyes sobre obscenidad..., y en la raíz de todo eso están las leyes contra el placer. ¿Te gustaría tener que explicarle todo esto a un hombre de Marte, que no se haya educado y crecido con ellas? No podría seguir tu razonamiento como tampoco comprendería por qué no hemos construido un motor calorífico, que básicamente es un motor de combustión interna, que pueda funcionar sin un sistema frigorífico, un sistema pensado para disipar el calor.

»Y muchas cosas más.

»Así que quizá te des cuenta de lo que pensé al leer el artículo sobre la promoción de los cincuenta. El artículo culminó una alta pirámide de mi interior, haciendo que todo adquiriera un extremo punzante.

»¿Tienes una pluma? —dijo el joven. Y en todo este tiempo no había perdido su mirada deslumbrada. Supongo que era difícil reprochárselo—. Los lápices no escriben muy bien en las servilletas de papel —dijo.

Le pasé mi rotulador.

—Prueba con esto.

Lo probó.

—Eh, esto es estupendo. Escribe muy bien.

Un rotulador funciona muy bien sobre servilletas de papel. Lo estudió como si nunca lo hubiera visto antes.

—Muy bien —repitió. Luego dibujó esto:





—El yin y el yang —dije—. ¿No es eso?

Él asintió.

—Uno de los símbolos más antiguos de la Tierra. Sabes lo que significa, supongo.

—Bueno, más o menos. Todos los opuestos, la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, lo masculino y lo femenino, lo ligero y lo pesado, todo lo que tenga un opuesto.

—Eso es —dijo él—. Voy a mostrarte otra cosa.

Tomó otra servilleta, la dobló por la mitad, y puso el borde doblado sobre el símbolo.

—Mira, si tienes que viajar en línea recta a través del diámetro, cualquier diámetro, siempre pisarás sobre blanco o sobre negro en un momento u otro. Si vas por el diámetro, nunca irás continuamente sobre un solo color si no te desvías o tomas un atajo.

»Ahora supongamos que este círculo es el tablero donde se dirimen todos los asuntos humanos. La línea recta es la que recorre cualquier ser humano; una vida, un matrimonio, una filosofía, un trabajo. El recorrido óptimo es el del diámetro completo, y a eso aspira la mayoría de la gente; unos cuantos pueden tomar atajos o torcerse en el camino, los enfermos. Pero la mayoría pueden recorrer, y recorren, el diámetro completo. Para cada persona, vida, matrimonio, lo que sea, hay un diferente punto de partida y un diferente punto de llegada, pero si recorren la línea recta que pasa por el centro, atravesarán tanto terreno blanco como negro, tanto yin como yang. El equilibrio es perfecto, vayas por donde vayas. ¿Lo entiendes?

—Veo lo que quieres decir —dije—. Se te enfría el café.

—También el tuyo. Imagina ahora que aparece una fuerza y desvía uno de los colores del centro, así...

Y volvió a dibujar:



Miramos el dibujo. Dibujaba bien y con rapidez.

—Si el cambio fuese gradual, habría gente, algunas vidas, algunas filosofías, que no tendrían desde el principio ese perfecto equilibrio entre blanco y negro, entre yin y yang. No hay nada malo en el camino que han tomado, siguen dirigiéndose al centro y atravesándolo.

»Y si el cambio continuase hasta llegar a donde lo he dibujado, puedes ver que habría gente que sólo viajaría sobre la parte blanca.

»Y eso es lo que nos ha pasado. Ésa es la respuesta a lo que parece ser la estupidez humana. ¡No hay nada malo en la gente! La mayoría quieren viajar en línea recta, y así lo hacen. No es su culpa

que hayan cambiado las reglas y que la única forma de obtener el antiguo equilibrio sea escoger un camino que es errático o retorcido o corto.

»El café está frío. Oh, Dios, me enrollo demasiado. Querrás volver a la oficina.

—No, no quiero —dije—. Al infierno con ella. Sigue hablando.

Pues algo de todas esas argumentaciones me provocaba una excitación extraña y profunda. Lo que decía haberle preocupado toda la vida, o cosas parecidas, me había preocupado también a mí. ¿Cuántas veces me había parado en la cabina para votar, intentando decidirme entre pinto y gorgorito, entre los grandes extremos y los pequeños extremos? ¿Por qué no puedes decir «la honestidad es la mejor política» o «trata como te gustaría que te trataran» y enderezar toda una vida, aunque eso signifique la diferencia entre la vida y la muerte? ¿Por qué sigue fumando la gente? ¿Por qué se considera obsceno un pecho de mujer, que para millares de artistas siempre fue fuente de belleza y para millones de niños fuente de vida? ¿Por qué manipulamos las cosas para subir el costo de esta carretera o esta escuela y así «obtener dinero federal» si todo el dinero federal viene de nuestros propios bolsillos? Y si la mayoría de la gente intenta ser amable y honesta y decente, ¿por qué cometen las estupideces que cometen?

¿Qué diablos fue lo que nos hizo ir a Vietnam? ¿A qué vienen los *ghettos*? ¿Por qué los liberales honrados y sinceros no se callan y se mudan en silencio a los *ghettos* para que alguien del *ghetto* tome su lugar en el barrio, y no dejen de hacerlo hasta que deje de haber *ghettos*? ¿Por qué no pueden inventar un país llamado Suez que esté a ambos lados del canal y poblarlo con gente de Israel, y de todos los países árabes y todos los refugiados y financiarlo con los peajes del canal, e instalar plantas atómicas que desalinicen el agua de mar y hagan florecer al desierto, prohibiendo las armas y éste o aquél motivo de conflicto y odio? En otras palabras, ¿por qué son imposibles las soluciones simples? ¿Por qué resulta inaceptable cualquier solución que no implique matar gente? ¿Qué nos convierte en una población que copula poco y procrea mucho cuando el equilibrio perfecto está al alcance de cualquiera?

Y en esa cansina hora de una silenciosa mañana pasada en el Automat, me sentía atravesado por el brillante dardo de la esperanza que mi deslumbrado amigo tuviera las respuestas.

¿Volver a la oficina? ¡Ja!.

—Puedes seguir —dije, y él continuó.

### III

—Bueno, de acuerdo —continuó él—, leí ese artículo sobre la promoción de los cincuenta, la generación silenciosa, y empecé a asustarme como un loco, y la cosa fue en aumento hasta que sentí que debía hacer algo. Si la promoción de los cincuenta acababa haciéndose cargo de las cosas, tendrían el dinero, tendrían el poder. En más de un sentido tendrían las armas. Sería el principio de un largo período, quizá eterno, de más-de-lo-mismo. No parecía haber ningún modo de impedirlo.

»Concebí esta teoría del yin-yang cuando estaba en la universidad, por ser la única que encajaba con los datos disponibles. Si pensaba que alguna fuerza había desviado el centro, la gente buena, que

caminaba rectamente como debía, se veía obligada a hacer cosas malas porque nunca, nunca, alcanzaba el equilibrio. Sólo había una cosa que no sabía.

»¿Qué fuerza había desplazado el centro?

»Me senté en la oficina, apartando e ignorando mi trabajo, e intenté recuperarme. “*Courage, mon camarade, le diable est mort*”, me dije. ¿Significa algo para ti?

»¿No?

»Muy bien. Cuando era niño leí un libro titulado *The Cloister and the Hearth*, de Charles Reade. Trataba de un niño educado en un monasterio y que salía al mundo exterior, un mundo del siglo dieciocho, o anterior, ya no me acuerdo. El caso es que uno de los personajes con que se encuentra es un francés loco que siempre está alegre y animando a la gente y esto era lo que decía en los peores momentos: “Valor, compañero, el diablo ha muerto”. Es algo que me quedó, y solía decirlo cuando todo parecía irse al infierno y no tenía nada a lo que poder recurrir ni nada a lo que agarrarme. Lo dije en ese momento, y, sabes, fue como si se encendiera un flash entre mis orejas.

»Piensa un minuto. Lo que me preocupaban eran cosas reales, no mitos ni fantasías ni principios religiosos. Eran la superpoblación y las leyes contra la diversión y el Cuenco de Polvo. ¿Recuerdas eso? Bueno, ya hablaremos de ello en otra ocasión. Y ninguna parte donde echar la basura, y la avaricia, el matar, la crueldad y la apatía.

»Tomé un papel y dibujé estos mismos diagramas y me quedé mirándolos. Estaba muy excitado. Sentía que estaba muy cerca de la respuesta.

»El yin y el yang. El bien y el mal, claro, pero nadie que lo comprendiera le asignaría un color al bien y otro al mal. Lo que tiene que haber es un equilibrio perfecto entre ambos. Luz y oscuridad, macho y hembra, abierto y cerrado, vida y muerte, lo-que-separa y lo-que-une, todo ello, cualquier cosa, en oposición, en equilibrio.

»Bueno, pues el diablo siempre ha tenido muy mala reputación. Digamos que mala prensa. ¿Por qué no? Supongamos que estaba al cargo de la zona del yang y que ésta es la que se ha visto desplazada. Todo el que viviese y pensase de forma recta se pasaría toda su vida, carrera y pensamientos en la zona del yin. Tendría que saber que el yang estaba ahí, pero nunca lo encontraría, nunca lo experimentaría. Y, además, se sentiría asustado porque eso es lo que le hace la ignorancia a la gente, hasta a la que es buena.

»Y los que experimentaran el yang, la zona del diablo, encontrarían mucho más de la otra a medida que avanzaran, porque el equilibrio habría desaparecido. Y cuanto más se desplazara, más gente inocente y bien pensada seguiría con sus vidas y pensamientos, y peor pensarían de la zona del diablo, y peor hablarían de él y sobre él. Hasta tal punto que no podrías fiarte de los libros, por haber sido escritos desde un solo punto de vista, el mayoritario del desequilibrio. Empezaría a parecer como si la parte yang del Universo fuera un manchón que hubiera que eliminar para obtener un universo yin totalmente limpio, y así consigues tus John Knox o Cotton Mathers, buena gente que se mueven en línea recta y sin titubeos, y que actúan según la evidencia que todo está mal por razones que no pueden ser racionales.

»Y yo pensé: “Eso es”.

»¡El diablo ha muerto!

»¡Tengo que hacer algo al respecto!

»¿Pero qué?

»Decírselo a alguien, eso es. Decírselo a todo el mundo, pero seamos prácticos. Debe haber alguien, en alguna parte, que sepa qué hacer al respecto, o al menos cómo explicar lo del yin-yang y saber por qué se ha desplazado, para que todo el mundo pueda plantearse lo que hemos hecho, dónde hemos estado.

»Entonces recordé el *Saturday Review*. El *Saturday Review* tenía una sección de anuncios por palabras que, a juzgar por los mensajes, la leía toda clase de gente. Y quiero decir toda clase de gente. Si podía redactar el texto adecuado, escribirlo correctamente.

»Me sentía como un imbécil. En el año mil novecientos cincuenta de Nuestro Señor estaba utilizando todo mi talento de escritor profesional para contarle al mundo que el diablo había muerto, pero era una obsesión, sabes, y tenía que hacer alguna cosa, aunque fuera una locura. Tenía que empezar en alguna parte.

»Así que escribí el anuncio:

EL PROBLEMA RADICA en que ya no está el que trae la luz y todos estamos en el mismo extremo del columpio. Ayuda o moriremos por ello. Quienquiera que conozca la respuesta llamar a DU6-1212, extensión 2103.

»No voy a decirte cuántos borradores escribí o todos los razonamientos que hice o lo que mi experiencia me dijo que era lo mejor, incluyendo toda clase de metáforas. Sabía que quien pudiera ayudar reconocería lo que estaba pidiendo.

»Ahora viene la parte difícil. Para ti, no para mí, claro. Yo hice lo que tenía que hacer. Tú tienes que creerlo.

»Bueno, quizá no tengas por qué. Límitate a..., bueno, digamos que a creerme hasta que termine. ¿De acuerdo?

»Bueno, pues escribí el texto y la dirección en un sobre. Le puse un sello postal y uno de urgente. Metí el texto y un cheque. Lo cerré y crucé el vestíbulo. Ya sabes dónde se echa el correo, justo frente a mi puerta, tu puerta. Era bastante tarde, todo el mundo se había ido a casa y mis pisadas retumbaron y pude oír ese silbido que hace el ascensor. Eché el sobre por la ranura, di media vuelta y sonó mi teléfono.

»Nunca le había oído sonar antes así. Te lo digo, pero no puedo decir en qué era diferente.

»Corrí hasta la oficina, me senté y tomé el teléfono. Me alegro de haberme sentado antes.

»Y oí esa voz...

»Tengo un oído muy bueno, sabes. He pensado mucho en esa voz y la he recordado y puedo decirte de qué estaba hecha..., un tono, en su armonía octava y quinta. Quiero decir que debes

imaginar una voz hecha con tres notas, dos separadas por una octava y una tercera reforzándolas, pero en realidad no eran tres notas, porque sonaban juntas como si fueran una sola. O sea que no eran notas puras, sino tonos vocales, con todos los semitonos implícitos. Y ninguno de ellos te diría nada, igual que no te diría nada la descripción de las características físicas de una cuerda vibrando con el sonido que produce, cuando la cuerda pertenece a un violonchelo tocado por Pablo Casals. Ya sabes, igual que se oye una voz reclamando atención en una habitación llena de gente, por ser lo que es, no por lo que dice. Cuando una voz así tiene, además, algo que decir, bueno, pues la escuchas.

»Escuché. Lo primero que oí, ya que no tuve tiempo ni de decir hola, fue:

»—Tienes razón. Del todo.

»—¿Quién es? —dije. Y la voz suspiró un poco y esperó.

»—No volvamos por ahí —dijo entonces—. Será mejor que lo deduzcas tú solo.

»Tal como iban las cosas, esto dio de lleno en el blanco. Creo que si la voz no hubiera dicho eso, le habría colgado, o habría perdido mucho tiempo intentando convencerme.

»—Lo que importa es tu anuncio del *Saturday Review* —dijo la voz.

»—¡Acabo de echarlo al correo!

»—Acabo de leerlo —dijo la voz, explicándose a continuación—. El tiempo no funciona aquí del mismo modo. —Al menos es lo que creo que dijo—. ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para arreglar las cosas?

»No supe qué contestar. Me recuerdo apartando el teléfono de mi cara y mirándole como si pudiera decirme algo. Luego volví a escuchar. La voz me dijo exactamente por lo que estaba pasando, con cuidado, no con aire aburrido, sino con el tono que emplearías para explicarle a un niño lo que sabes que le preocupa.

»—Sabes quién soy pero no quieres pensar en las palabras. No quieres creer en nada de esto pero tienes que hacerlo y sé que lo harás. Estás tan complacido contigo mismo por tener razón que no puedes pensar correctamente, lo cual sólo es una de las razones por las que no piensas de forma correcta. Recupérate de una vez y responde a mi pregunta.

»No podía recordar la pregunta, así que tuve que pedirle que me la repitiera..., ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar para enderezar las cosas?

»Tienes que entender que esta voz quería decir lo que decía. Si la hubieras oído, le creerías, lo haría cualquiera. Sabía que se me pedía un compromiso y estaba bastante asustado, pero por encima de todo estaba el hecho que todo podía volver a estar bien, que esa extraña falta que atenazaba a la Humanidad desde hacía centenas, o quizá millares de años, podía solucionarse. Y yo podía ser el responsable de eso. Yo, por el amor de Dios.

»Si tenía alguna duda, alguna sensación del tipo esto-no-puede-ser, desapareció. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a ir?

»—Hasta el final —dije.

»—Bien —dijo la voz—. Si esto funciona el crédito será tuyo. Si no es así, lo será la culpa, y tendrás que vivir con la idea de lo que podías haber hecho y de tu fracaso. No podré ayudarte en eso.

»Dije que al menos sabría que lo había intentado.

»—Aunque tengas éxito, puede que no te guste lo que tengas que hacer.

»—Supongamos que no lo hago —dije—, ¿qué pasaría?

»—¿Has leído *1984*? —dijo la voz.

»Dije que sí.

»—Pues como eso, pero más y más pronto —respondió—. Es la única forma en que pueden acabar las cosas.

»Era lo que había estado pensando; era lo que me había inquietado al leer el artículo.

»—Lo haré —fue todo lo que dije.

»La voz me dijo que estupendo.

»—Voy a enviarte a ver a alguien —dijo—. Tienes que convencerle. A mí no me hablaría y es el único que puede hacer algo.

»Empecé a notar frío en los pies.

»—¿A quién? ¿Dónde? ¿Qué debo decirle?

»—Sabes lo que debes decirle. O no estaría hablando contigo.

»—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

»Y todo lo que me dijo fue que tomara el ascensor. Luego se cortó la línea.

»Así que apagué la luz y me dirigí hacia la puerta, y entonces me acordé de los dibujos del yin-yang y volví por ellos, por el equilibrado y por el desequilibrado. Los sujeté como tú sujetarías un billete de avión en tu primer vuelo. Fui al ascensor.

»¿Cómo voy a hacer que creas todo esto?

»Bueno, tienes razón: no importa si lo crees o no. Muy bien, esto fue lo que pasó.

»Apreté el botón de llamada y la puerta se abrió al instante, como suele hacer de vez en cuando. Entré en el ascensor y di media vuelta, y allí estaba.

»La puerta no se había cerrado, la cabina no se había movido. Sucedió cuando me di la vuelta. La puerta estaba abierta, pero no daba al vestíbulo del piso veintiuno. Todo era gris. Gris era el terreno de afuera y gris era la niebla. Permanecí inmóvil mirando afuera y el corazón me latía como si alguien me golpeara en el pecho con sus puños. Pero no pasó nada, así que salí.

»Estaba asustado.

»No pasó nada. La niebla gris no estaba ni en movimiento ni inmóvil. A veces me parecía ver formas en ella de árboles, rocas, edificios, pero no había nada y quizá fuese una inmensa llanura. Daba la impresión de ser el exterior; es lo único que puedo decir con certeza.

»La puerta del ascensor seguía siendo algo sólido detrás de mí, lo cual era reconfortante. Me alejé un paso, uno pequeño, ¿sabes?, y grité. Lo intenté tres veces antes que funcionase mi voz.

»—¡Lucifer!

»Una voz me respondió. Alguien que no era, bueno, tan grande como la que oí por el teléfono, pero que era mayor en otros aspectos.

»—¿Quién está ahí? —dijo—. ¿Qué quieres?

»Estaba irritado. Era la voz de alguien que ha sido interrumpido, de alguien que, también, se siente totalmente capaz de controlar la interrupción. Y esta vez sí había algo acechando entre la niebla.

»Me llevé las manos a la cara. Sentí como mis rodillas golpeaban la tierra gris. No me arrodillé, entiendes. Las rodillas se hundieron como si ya no me pertenecieran. Pero diablos, las alas. Alas de murciélago, correosas, y una cola terminada en una punta que parecía la de una gran flecha. Esa cara, esos ojos. ¡Y tenía una altura de nueve metros, hombre!

»Me tocó el hombro, y habría gritado como una colegiala de tener aliento para ello.

»—Vamos. —Era una voz diferente; la había cambiado, pero seguía siendo la suya—. Yo no tengo este aspecto. Ha salido de tu cabeza. Vamos, mírame.

»Miré. Supongo que debía tener un aspecto gracioso, mirando a toda prisa por si era más de lo que podía resistir y tenía que volver a esconder la cara. Como si me hubiera servido de algo. Pero había recibido más de lo que podía manejar.

»Lo que vi fue un tipo de edad mediana con chaqueta y pantalón de pana y camisa gris. Tenía el pelo gris, una frente lisa y morena y los ojos azules más brillantes que había visto nunca. Me ayudó a ponerme en pie.

»—Tampoco me parezco a esto, pero... —dijo, encogiéndose de hombros y sonriendo.

»—Bueno, gracias de todas formas... —y me sentí estúpido. Miré a la niebla de alrededor—. ¿Dónde es esto?

»El hizo un gesto vago con la mano.

»—No sabría decírtelo. ¿Dónde quieres que sea?

»¿Cómo respondes a una pregunta así? No pude.

»El sí. Puso el dorso de su mano contra mi mejilla y giró lentamente mi cara hacia él y se acercó. Hizo algo que sólo puedo describir como lo que haces tú al tomar una revista y metes un dedo por el borde de las páginas y la abres en alguna parte. Pero, de alguna forma, lo hizo con mi cabeza. El caso es que apareció un brillo dorado que me hizo pestañear.

»Cuando los ojos se me acostumbraron había desaparecido el gris. Cuando era niño trabajé durante un año en una granja de Vermont. Solía ir al atardecer en busca de las vacas. Los pastizales eran enormes, con una barrera de pinos en la parte superior, y todo el conjunto era tan inclinado como un tejado, con mojones de granito con musgo gris verdoso creciéndole por todas partes. Ahí es donde estábamos, con ese olor, la laguna con el polvoriento camino que la rodeaba por un extremo y el viento soplando entre los pinos y un pájaro carpintero escondiéndose en la línea del cielo. Hasta podía ver a tres vacas Holsteins en una ladera de la colina, manteniéndose erguidas de esa forma milagrosa que produce la impresión que tienen dos piernas cortas y dos largas. Nunca descubrí cómo lo hacían.

»Y tuve un fogonazo de pánico porque había desaparecido la puerta del ascensor, pero él pareció darse cuenta e hizo con la mano un gesto casual hacia la izquierda. Y allí estaba, una puerta de ascensor del Rockefeller Center flotando en medio de un pastizal de Vermont. Tiene gracia. Cuando tenía catorce años, esa puerta en los pastizales me habría dado un miedo espantoso. Y ahora estaba asustado sin ella. Miré a mi alrededor, aspiré el aire de la tarde de agosto y me maravillé de ello.

»—Es tan real —fue lo que dije.

»—Parece real.

»—Pero yo he estado aquí, justo aquí, cuando era niño.

»—También pareció real, entonces, ¿verdad?

»Creo que intentaba obligarme a replantearme las cosas, no a hacerme dudar, sino a borrarlo todo y partir de cero.

»—La creencia o no creencia carece de poder sobre la verdad objetiva —fue lo que me dijo. También que si dos personas creían lo mismo a partir de la misma evidencia, significaba que creían en la misma cosa, nada más.

»Tomó los dibujos de mi mano mientras yo rumiaba esto, los mismos que te he dibujado. Había olvidado que los llevaba en la mano. Los miró y gruñó.

»—Es así, ¿verdad?

»Recuperé los dibujos y empecé mi discurso.

»—Así es, verás. El equilibrio está... —dije, y él se rió un poco y dijo:

»—Espera, espera, no tenemos que pasar por todo eso.

»Creo que quería decir palabras. O sea, volvió a tocarme un lado de la cara e hizo esa cosa con sus ojos dentro de la cabeza. Pero esta vez era como si metieras los dos pulgares e hicieras fuerza para separar dos páginas que están pegadas. No diré que me dolió, pero tampoco me gustaría repetirlo. Recuerdo un vergonzoso fogonazo de las cosas que había leído, estudiado, cosas que había pensado y de las que me había despreocupado u olvidado. Y todo el tiempo, un corto tiempo, que estuvo hurgando en mi cabeza también estuvo curándome de mi vergüenza. Empecé a comprender que lo que podía tomar de mí no era sólo lo que había aprendido o asimilado, sino todo, todo lo que había pasado alguna vez por el desagüe. Y todo ello en un momento.



»Entonces retrocedió y dijo:

»—¡Bastardo!

»“¿Qué he hecho?”, pensé.

»Él se rió de mí.

»—Tú, no. Él.

»Yo pensé: “Ah, la voz del teléfono. El que me envió aquí”.

»Me miró con esos ojos de sesenta mil vatios, y volvió a reírse y a agitar la cabeza.

»—Juré que no volvería a tratar con él —dijo—, y, fíjate, me echa un anzuelo.

»Supongo que debí parecer confundido, porque lo estaba. Empezó a hablarme con amabilidad, procurando que me sintiera mejor.

»—No es fácil de explicar —dijo—. Has aprendido mucho que no es como es, y lo has aprendido de gente que tampoco lo comprendía. No podían comprenderlo. Se remonta a mucho tiempo atrás. O sea, para ti. Para mí, bueno, el tiempo es distinto aquí.

»Pensó un poco antes de continuar.

»—Llamarme Lucifer fue muy inteligente por tu parte, ¿sabes? Lucifer significa “el que trae la luz”. Si vas a seguir con lo del símbolo yin-yang, y es bastante bueno, verás que hay un centro para la luz y un centro para la oscuridad, y a veces se dibuja una pequeña mota en cada parte. Yo soy esa mota y la voz que oíste es la otra. Se necesita a los dos para formar el todo. No tenía ni idea... —y volvió a inclinarse hacia adelante para echar otro vistazo dentro de mi cabeza—, ni idea que las cosas se hubieran estropeado tan rápido. Quizá no debí marcharme.

»Tenía que preguntárselo.

»—¿Por qué lo hizo?

»—Me enfurecí —dijo—. Un día se me ocurrió una locura y quise intentar algo y él no quiso que lo hiciera. Pero lo hice de todas formas, y cuando me metí en aprietos no quiso sacarme de ellos. Tuve que seguir hasta el final. Fue doloroso. —Lanzó una carcajada alegre. Comprendí que “fue doloroso” era un sobreentendido enormemente modesto—. Así que me enfurecí y corté por lo sano y me vine aquí. Él me viene suplicando y enviando mensajes desde entonces, pero no le he prestado atención hasta que viniste tú.

»—¿Por qué yo?

»—Sí —dijo—, ¿por qué tú? —Volvió a pensar—. Dime una cosa, ¿tienes algo que te retenga donde estás? ¿Una mujer o una carrera o hijos o algo así que sufriría si desaparecieses de pronto?

»—No, nada semejante. Algunos amigos, pero ninguna esposa, ni padre. Y mi trabajo sólo es un trabajo.

»—Ya me parecía —dijo, y continuó hablando consigo mismo—. Bastardo. Ha preparado a éste desde un principio. Sabía perfectamente que me daría un ataque al ver el estado en que estaba todo. —Luego dijo con tono amable—: No te lo tomes de manera personal. No podías evitarlo.

»No podía evitarlo. Tampoco pude evitar tomármelo de forma personal.

»Quizá estaba algo irritado cuando dije:

»—Bueno, ¿vas a volver o no?

»Me miró.

»—No lo sé. ¿Por qué no te lo dejo a ti? Decídelo tú.

»—¿Yo?

»—¿Por qué no? Tú te has metido en esto.

»—¿De verdad?

»—No importa lo mucho que te haya manipulado para ello, amigo, antes tenía tu permiso. ¿No es verdad?

»Recordaba a la voz: “¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?”

»El que yo llamaba Lucifer me clavó sus brillantes ojos.

»—Voy a dejarte la decisión a ti. Haré lo que digas. Si me dices que me quede aquí, que siga a un lado, será algo parecido a lo que dijo Orwell: “Para visualizar el futuro debes visualizar una bota pisando eternamente una cara humana”. Pero si vuelvo va a ser casi igual de malo. Las cosas se han salido realmente de quicio, tanto que no pueden encauzarse de la noche a la mañana. Llevará muchos años. La gente no va a ver la verdad frente a ellos para luego disponerse a seguirla. Tiene que ser animada y empujada, habitualmente volviéndola tan miserable y de tantas formas distintas que se enfurecerá. Encontrarán el camino cuando haya bastantes furiosos.

»—Bueno, de acuerdo entonces.

»Me imitó. Creo que estaba mostrándose mordaz y que quizá no quisiera volver al trabajo.

»—“Bueno, de acuerdo entonces” —se burló—. Habrá que restregarles su estupidez. Habrá que meterles en largas guerras sin sentido. Haremos que vivan bajo leyes que carecen de todo sentido y que haya más y más de ellas. Les cargaremos de impuestos hasta que no puedan tener lujos ni comodidades sin meterse en problemas y les cargaremos con más aún para que hasta el comprar lo justo para vivir sea una carga.

»—Pero es lo mismo que ocurre ahora —dije.

»—No, no lo es —dijo—. Deja que la promoción de los cincuenta tome el poder y tendrás eso. Orwell dijo eternamente y tenía razón. Nada de conflicto, de disensiones, de divisiones, de equilibrio. Si vuelvo, habrá mucho de eso. Morirá gente, mucha gente. Y habrá sufrimiento, mucho.

»—¿No hay otro camino?

»—Mira, no puedes darle a la gente lo que quiere. Tienen que ganárselo o apoderarse de ello. Cuando esto empiece a pasar, habrá bombas y revueltas y gente, especialmente gente joven, que hará lo que quiera y lo que les sea útil, no lo que les digan. Encontrarán su propio camino, y no se parecerá en nada al que les indique el abuelo.

»Pensé en todo esto y en la promoción de los cincuenta y en lo que ocurre ahora.

»—Vuelve —dije.

»Él suspiró.

»—¡Oh, Dios! —dijo.

»No sé lo que quería decir con eso. Pero creo que se alegraba.

De pronto, bueno, me pareció muy repentino, hubo más luz fuera del Automat que dentro. Me sentí tan deslumbrado como mi amigo.

—¿Y qué has hecho desde mil novecientos cincuenta —dije.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Todo esto pasó anoche! Volví al ascensor y entré en mi, tu oficina, y allí estabas tú.

—¿Y el diab..., Lucif..., quien sea, también ha vuelto?

—El tiempo es diferente para él. Volvió en seguida. Me has contado bastante sobre lo que ha pasado. Ha vuelto. Volvió. Las cosas vuelven a desplazarse hacia el centro. Con dificultad, pero está pasando.

Metí la cucharilla en mi café frío, la giré en su interior y pensé en los crímenes carentes de motivo, en las muertes inútiles, en la gente decente que no sabía que era ambiciosa, y una profunda alegría empezó a animarse en mi interior.

—Entonces quizá no sea todo inútil.

—Oh, Dios, mejor que no lo sea —susurró—. Porque todo será culpa mía.

—No, no lo es. Las cosas acabarán estando bien —y en cuanto lo dije estuve seguro de ello. Le miré, tan perdido y deslumbrado y pensé: «Voy a ayudar a este tipo. Voy a ayudarlo para que me ayude a comprender mejor, a averiguar cómo podemos volver a equilibrarlo todo». Me pregunté si sabía que era un Mesías, que había salvado al mundo. No creo que lo supiera.

De pronto pensé en algo.

—A propósito —dije—. ¿Te dijo por qué se enfureció y lo dejó todo? ¿Qué era eso que hizo que el otro no quería que hiciese?

—¿No lo dije? Lo siento —contestó el hombre deslumbrado—. Se cansó de ser una..., una fuerza. Un espíritu. Llámalo como quieras. Quiso ser un hombre durante un tiempo, ver cómo era. Podía hacerlo, pero no podía dejar de serlo sin la ayuda del otro. Así que estuvo un tiempo viviendo como un hombre.

—¿Y...?

—Le crucificaron.

**FIN**

Libros Tauro